

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES
DIEZ CENTIMOS número

ADMINISTRACIÓN

Colmenares, 7, bajo izqd.ª

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.....	1,50 pts.
Año.....	6 —
Provincias y Portugal, se- mestre.....	4 —
Extranjero y Ultramar, año 16	—
Número atrasado.....	0,25 —
25 ejemplares.....	1,50 —



AÑO V

Madrid 15 de Febrero de 1899

NÚM. 169

EL BUÑOLERO



—¡¡ Qué saldrá de aquí, Dios mío !!

Jueves de Gedeón

—¿De qué te has vestido este año, Calínez?
 —De prestado, como los anteriores.
 —No hombre; quiero decir que cuál disfraz te has puesto.
 —El mismo que Sagasta: disfraz de liberal. ¿Para qué levantamos la suspensión de las garantías constitucionales un día antes del domingo gordo, si no para disfrazarnos de liberales?
 —Toma, y yo que creí que era la conciencia la que os obligaba a levantarla.
 —Déjate de conciencias, querido Gedeón. Pensamos alquilar unos capuchones en casa de Serra; pero nos pedían muy caro. Entonces Sagasta, que desde que tiene ciertas concomitancias con Weyler no suelta un perro, aunque se le ponga rabioso, me dijo: «Amigo Calínez, ¿no sería mejor y más barato que nos disfrazáramos de liberales?—¿Y cómo se hace eso?—le respondí—resucitando la partida de la porra?—No, amigo Calínez, levantando la suspensión de las garantías.—Pues por mí levántelas usted. Las levantó, salimos a la calle disfrazados de esa manera y nadie nos conocía. Al mismo Capdepón le dimos un bromazo de primera.
 —Oiga, ¿qué le dijisteis?
 —Le llamamos Hernan-Cortés y... le abrieron en seguida.
 —¿Caramba, no entiendo lo que quieres decirme!
 —Te lo explicaré al oído.
 —¿Ah, ya! ¿Y quemaría las naves? ¿Qué compromiso! ¿Qué compromiso para Auñín! ¿Hasta las naves de Capdepón se le quemaron! ¿De modo que os divertisteis mucho con vuestro disfraz liberalesco?
 —Muchísimo, y tan regostado está con él Sagasta que quiere llevarlo a las Cortes.
 —¿Qué me cuentas. ¿Va a ir D. Práxedes a un acto tan solemne vestido de payaso?
 —Oye, oye, no pongas motes al disfraz liberal, que no estamos todavía para eso. Has de saber que a los que nos aplauden como Castelar, les obsequia la gente dándoles una serenata.
 —¿Le han dado ya a D. Emilio?
 —Todavía no, pero se la darán mañana ó pasado. La serenata empezará con el himno de Riego.
 —Y acabará con la marcha de Cádiz.
 —Con la marcha de Cádiz de su gobernador señor Ribot. Habrá además otras muchas piezas.
 —¿Eso quién lo duda!
 —Y todo por un artículo contra Silvela y Polavieja, ó sea contra Sor María de Agreda y el Padre Guardián. ¡Pobrecitos! Cualquiera diría que habían tenido algo que ver en lo de Lila.
 —Por lo de Lila no creo que les alcance responsabilidad alguna. En lo de lilas puede que les toque mucha. Mira tú que al cabo de los años mil salimos con reacciones y armas al hombro.
 —Pues así y todo, están muy esperanzados de ejercer el poder.
 —Sería el entronizamiento del cangrejo real. A propósito, ¿por qué no te disfrazaste tú de cangrejo? Es el disfraz reaccionario de moda.
 —No lo creo yo así, y buena prueba de ello es que el primer premio concedido a las máscaras a pie no se lo llevó ningún crustáceo de esos, sino un huevo pasado por agua.
 —Bien, ¿pero y el otro?
 —¿Cuál otro?
 —El premio segundo.
 —¿Ay, amigo mío, ese se quedó desierto!
 —¿Hace ya mucho tiempo que nos sucede lo mismo!
 —¿Estuviste tú, Gedeón, en la batalla de flores?
 —Sí, fui; pero de incógnito.
 —¿Te tomarían por el general en jefe! ¿Y qué te pareció la batalla?
 —Otra capitulación.
 —Ciertamente que no tuvo mucho de batalla, y eso que, según anunciaba la prensa, habían llegado a Madrid miles de vagones cargados de flores procedentes de Valencia y Murcia. Yo no vi esas flores por ninguna parte. A ver si en el Congreso, donde se anuncia, apenas comienzan las sesiones, otro combate de flores y navajazos, sucede lo mismo.
 —Todo podría ocurrir, aunque yo, que soy un poco supersticioso, me temo que efectivamente le descalabren a Sagasta.
 —¿Por qué?
 —Porque D. Práxedes va al Parlamento casi en los mismos días de Marzo.
 —¿Quita de ahí! Sagasta no tiene absolutamente nada de César.
 —¿Pero hay tantos Brutos!
 —Ahora me has convencido, Gedeón. Tiemblo como tú por la vida del presidente. Oye, ¿tiene Gamazo bien ensayado su papel de Casca?
 —No lo sé; pero apuesto a que al fin y a la postre no casca más que nueces de Boecillo ó clientes del Supremo.
 —¿Y los carlistas irán ó no irán a las Cámaras?
 —Están con ellas desde que se concluyó la guerra yanqui. Por más que procuran levantarse no pueden dejar su poética postura de héroes en cucullas.
 —Respecto a los republicanos, no cabe duda de que abandonarían su retraimiento.

—Harán mal. Era lo único que les quedaba. Parece mentira que hayan caído tan bajo. ¡Ya ni comen juntos el 11 de Febrero!
 —Es que aunque comen el once se encuentran siempre trece a la mesa. Es un partido hermosísimo que parece formado de suegros y yernos. Eso sí, de vez en cuando se sale Ezquerdo de sus posesiones de Leganés y nos mete miedo con Weyler.
 —Caramba; este general por ahorrarse la comida es capaz de ser huésped del doctor alienista. Y a propósito de generales, ¿qué te han parecido las declaraciones de los príncipes de la milicia?
 —Magníficas. Los cuatro capitanes generales han dicho que ellos son hombres de partido, pero que no se meten en política, que es lo mismo que si aseguraran que ellos son hombres de guerra, pero que no van a las campañas.
 —A mí me ha emocionado mucho lo que dijo el general Blanco, de que al abandonar la isla de Cuba pensó seriamente en suicidarse.
 —A mí también, ¡tanto, que le felicité por el adverbio!
 —En fin, Gedeón; basta de hablurías y vamos a que nos pongan las cenizas en la frente.
 —¿Quién nos las va a poner?
 —Montero Ríos, llamándonos a los periodistas responsables de su afortunada gestión diplomática parisiense.
 —Entonces ya sé de quién son las cenizas que nos pongan ¡del malogrado Meco!

BROMAS DE CARNAVAL

(Tomadas al oído desde las sillas de Recoletos)

—Buenas tardes, Práxedes, ¿toses aún?
 —No; ya estoy bueno, gracias.
 —Las gracias a tí por haber venido, dejando tu paseo de la Moncloa; ¿ya no te gusta aquello?
 —Al contrario, huyo de allí porque creo que hasta en la Moncloa me voy a encontrar capuchones.
 —Como que allí se crían en todo tiempo. ¡Está tan cerca la Cárcel Modelo!
 —Bueno; pero esos capuchones no dan broma.
 —Yo tampoco doy bromas, sino confitura fina y papilitos perfumados. Mira: llevo caramelos del Congreso, *confetti* del Senado y serpentinas de las dos Cámaras; ¿quieres algo para tí, para tu hermano, para tu sobrino, para tu yerno, para tu nieto?
 —Quiero que me dejes en paz.
 —¿Más en paz que estamos! ¡Ya ves lo apretados que van los coches por falta de tierra!

—Por allí va un académico... Oye tú, escucha dos palabras para el Diccionario.
 —¿Qué deseas?
 —Desearía que hubiera *confetti* de color de pasa para que creyera la gente que ibas de uniforme. ¿Qué tal va el Diccionario, engorda mucho?
 —No gran cosa.
 —Ya sé que estás escribiendo el índice.
 —El caso es, máscara, que yo te quiero conocer.
 —Si; me quieres conocer, pero no me conoce; ¡soy la gramática castellana!

—Adios, duque; anoche te ví en la cuarta de Apolo.
 —En efecto, allí estuve.
 —Por cierto que yo estaba en otro palco y, al verte, se me cayeron los gemelos a la caja. Te los regalo si me das cualquier cosa libre de gastos.
 —¿Vaya un capricho!
 —No lo creas; es que como se torcieron un poco con el golpe, creo que te servirán mejor que a mí.

—¡Hola, Jackson! ¿Tú también por aquí?
 —¿También; ¿qué te extraña?
 —Nada, ciertamente. Es lógico que para el Carnaval salgan a relucir todos los Capuces.
 —¡Vaya una broma larga y pesada!
 —Perdona, que ahora acabo. ¿A que no me sacas un consonante a *confetti*?
 —Dificillito es, en efecto.
 —Pues mira, Jurado de la Parra lo ha encontrado.
 —¿Cuál es?
 —Stechetti.

LA BODA EN EL CONGRESO

En vista del éxito alcanzado estos días en Madrid por la mascarada de Valencia titulada *Una boda de principios de siglo en Aldalla*, los Sres. Silvela y Polavieja, que también son conyuges de Carnaval, piensan hacer su entrada solemne en el Congreso de los Diputados en forma parecida a la de la artística comparsa de referencia.
 Ya lo saben nuestro lectores.
 Este año tendremos *Mi Careme*, lo mismo que en París.
 La mascarada llevará por título *Una boda sin de*

siglo en los Madriles y entrará en la Cámara con arreglo al programa siguiente:

- 1.º Un heraldo a caballo. Y si no puede conquistarse un *Heraldo* hará sus veces un número de *El Tiempo*.
- 2.º Convidados (por parte del novio) D. Santiago Liniers (que es un convidado que paga) y D. Martín Esteban (que es un convidado de piedra).
- 3.º Notario. El general Martínez Campos.
- 4.º El novio (D. Francisco Silvela), montado en un caballo de la cuadra de Villamejor y llevando a la grupa a la novia (marqués de Polavieja), con el traje nupcial y la espada de Benlliure con flores de azahar.
- 5.º La madrina. (No se ha recibido el anuncio.)
- 6.º Convidados (por parte de la novia) D. Ramón Nocedal y el marqués de Comillas.
- 7.º Convidadas. Dos hortelanas, no de la Huerta de Valencia, sino de la de aquí.

Como final un carro con los dulzaineros del partido tocando cuando pitos flautas y cuando flautas pitos. A la trasera del carro, varios socios del Círculo de Bellas Artes gastando bromas de salón en nombre de su presidente, el Sr. Romero Robledo.
 Una vez dentro de la sala de sesiones hará corro la comitiva y varias parejas bailarán la clásica danza de la *cháquerá bella* a los gritos de ¡que baile! ¡que baile! lanzados en escaños y tribunas.
 De improvisar el diálogo de los *albaes* se encargarán los poetas del partido Sres. Cavestany y Rafael Solís.

Como fin de fiesta, todos los individuos de la comparsa arrojarán a las tribunas, escaños y hemicycleo naranjas de la China, limones agrios, las primeras lilas, las últimas castañas, dulces, anises y demás confitura.
 Sea por muchos años.

El sueño de una noche de Carnaval

De ventanas y balcones penden multicolores hebras de papel que el viento balancea; un diluvio de *confetti* alfombra el suelo y forma en derredor de las cabezas femeniles caprichosas mantillas mil veces renovadas y vueltas a disipar por el viento; lucen los árboles improvisada florescencia de papel, atruenan el espacio los gritos de los vendedores, el rasgueo de las serpentinas al desarrollarse y el *run run* del pueblo que se divierte con un espectáculo brillante, barato é inofensivo.

Poco a poco el ruido y el color trastornan la cabeza que mareada por el espectáculo se rinde a los vahidos y al sueño evocando, ya en alas de la fantasía nuevos panoramas de *confetti*, nuevas espirales de serpentina, toda una inundación de papilitos que no deja rincón sin mácula ni punto del espacio sin su correspondiente mota de papel.

Al turbado cerebro se le representan las Cortes abiertas como extraña y nunca vista mascarada. Un señor secretario lee el proyecto de ley declarando monumentos nacionales a las tribunas de Recoletos y proclamando beneméritas de la patria a las máscaras premiadas en la batalla de flores. Los maceiros, únicos concurrentes, vestidos de máscara son ¡oh, picante paradoja de la reunión parlamentaria! los únicos que se mantienen tiesos y graves mientras los padres de la patria pierden su seriedad y su cordura entre las serpentinas, los *confetti* y los papitazos de los plumeros.

Cada diputado de la mayoría está sujeto por el pescuezo a una serpentina y todas ellas van a parar a la mano diestra de D. Práxedes, que mueve los diputados a su capricho. Tal diputado que quiere hablar siente que le tapan la boca con un puñado de *confetti* de panes de oro, tal otro pide la palabra y comienza su discurso en voz atiplada que revela alientos bien poco varoniles; los ministros al levantarse dejan caer del pantalón chorros de *confetti* verde y amarillo, el presidente agita sin cesar un sonajero, de las tribunas caen patatas y naranjas rellenas; a la puerta del edificio los leones de bronce sacan de sus huecas bombas sendas zarpadas de *confetti* rojo y amarillo, que distribuyen entre los curiosos.

En la Presidencia del Consejo, un niño disfrazado con la casaca y el sombrero emplumado de su abuelo prepara la mesa de los Consejos llenando las carteras ministeriales con recortaduras de papel multicolor. En Estado funciona sin cesar una máquina de hacer *confetti* para aprovechar dignamente las cubiertas del *Libro Rojo*.

En la calle Ancha, las estudiantinas de la Universidad asaltaban el edificio frontero, el Ministerio de Gracia y Justicia y toman a Groizard por una máscara más, cuya careta reproduce con cierta fidelidad las facciones del viejo Emperador Guillermo.

En Hacienda sale el último portero con la última perra grande para comprar el último cartucho de papel picado; en el palacio de Buenavista penden de los balcones cientos de serpentinas como hebras de un viejo tapiz deshilachado.

En Fomento mantienen a un pelele; en los patios de Ultramar se hacen la competencia las estatuas de Elcano y de Colón, vendiendo a grito pelado las

últimas existencias de la casa, convertidas en polvo de colores.

Al ministerio de la Gobernación refluyen las serpentina telegráficas de toda España, y el ministro, tranquilo y satisfecho al pie del aparato, oye tocar á la estudiantina valenciana y se siente hombre nuevo ante las bellas floristas de la ciudad del Cid que bailan en presencia de D. Trinitario las danzas de la tierra.

Calles, plazas y afueras, el aire y el arroyo, cerebros y corazones están plétóricos de papelitos que vuelan y se entrecruzan, como nubes de langosta; siguen cayendo en la calle y bajo techado los puñados de *confetti* mientras una comparsa de hombres vestidos con trajes militares de Europa y América, comienzan á aventar todo el *confetti* amontonado y conglomerado desde Coruña á Cádiz y desde el Pirineo á la cumbre de Sierra Nevada.

CHASCARRILLOS FUSILADOS

(DEL CALENDARIO DE PARED DE «GEDEÓN»)

Chascarrillo simbólico.—(De menos hizo Dios ó quien fuese los *Casos y cosas de El Liberal.*)

El coche es el *carro del Estado*, un birlocho tan averiado como si lo montase á diario D. Alberto Aguilera (a) *Rompelanzas*.

El cochero es el Sr. Práxedes, quien hace años que está quedando como tal.

El país que va, aunque mal, dentro del coche, lamenta lo despacio que éste camina y las vacilaciones del auriga.

Al cabo se impacienta, y sacando la cabeza por la ventanilla, exclama:

—¿Tendré yo que subir al pescante y entrar tú en el coche?

Y el auriga dice *rascándose la sonrisa*:

—¡Je, je! No me atrevía á proponérselo á usted...

—¿En qué se funda usted para creer que en efecto Silvela y D. Camelo están casados?

—En que ya cada uno de los contrayentes busca á sus amigos ó amigas para sacar á relucir los chismes del otro.

Del tenor Casañas, se dijo cuando empezó á cantar á grito pelado, con gran regocijo público, que tenía mucha voz, pero poca escuela.

Después ha estudiado bastante y dicen sus admiradores que adelanta mucho.

En efecto, Gedeón, siempre que le ha oído ha notado que adelanta... lo menos tres compases á la orquesta.

GEDEÓN MORENO

Sabíamos que Guillermo Ibós es un tenor muy notable que canta el *Lohengrin* como si tuviera en la garganta un billete de mil pesetas (que es lo que hace más sonora y agradable la voz); pero si no estuviéramos convencido de ello, un dato hubiera bastado para *sumirnos* en esa certidumbre. ¡El Sr. Ibós es amigo de Eusebio Blasco!

Este querido colega nuestro se ha dignado contactarnos en *El Nacional* que él é Ibós fueron vecinos en París, que comían en el mismo *restaurant* y que se valían de idénticas tretas para distraer al casero.

En cuanto supimos esa intimidad de Ibós con Blasco le declaramos á aquél notabilidad de primera fila, pues como es sabido, Blasco no trató en París más que á celebridades europeas y á príncipes de la sangre.

Conste, pues, que el tenor francés tiene una voz agradabilísima que canta como un ángel y que ha sido vecino en París de Eusebio Blasco.

Con tan excepcionales facultades el *divo* en cuestión abusa de la modestia apellidándose simplemente Ibós.

Podía y debía apellidarse Y Bosch y Fusteguerras y cantar en la mano como este respetable hombre público.

¡Se necesita un Cyrano!

Ese grito desesperado circuló por provincias corriendo por los hilos telegráficos.

En Soria, en Guadalajara y en Tembleque se suspendieron las respectivas funciones de los teatros respectivos, para que el apuntador sacara la cabeza de la concha y diese ese grito:

«¡En el Español se necesita un Cyrano!»

Cómo, decían los pacíficos habitantes de las capitales antes citadas (Tembleque es actualmente la capital de España) tan mal anda de narices Gamazo que necesita ya las del cadete de la Gascuña? ¿Por qué no se agarra á las del cadete de su cuñado?

Esos habitantes pacíficos confundían *El Español* de Guerra con el Español de Guerrero, ó sea el periódico gamacista con el corral de la antigua Pacheca.

Al fin en Gijón apareció un Cyrano. Se apellida

González, pero no es D. Ricardo, ni tampoco wagnerista.

Es un actor que arrebató en provincias.

Y que ahora se lo ha arrebatado á las provincias un coliseo de Madrid.

El Sr. González no conocía el papel de Cyrano, pero viene estudiándolo en el tren y á cada estación siente que se le alargan las narices.

En Venta de Baños ha dejado ya de llamarse González para apellidarse Sánchez.

En Avila completará su nuevo apellido llamándose Sánchez Toca.

¡Y ya no puede ser más Cyrano!

Cuando entre en Madrid tendrá que sonarle Aguilera.

¡Bravo por ese González de Bergerac que ha aparecido en Gijón! ¡Gracias á él, Medrano continuará luciendo sus quince trajes y sus trescientas equivocaciones!

Preparémonos á aplaudirle nuevamente por sus lazos y por lo que en ellos se le enredan las palabras.

Sin embargo (y claro es que ahora no nos referimos al teatro Español, pues al hacerlo así tendríamos que decir con embargo). Con embargo, no es un Cyrano para sustituir al Sr. Diaz de Mendoza lo que se necesita en ese coliseo.

Si son ciertos los rumores que circulan por Madrid más que un Cyrano sería indispensable un Cyrineo.

Bien está la contrata de González; ¿pero por qué no contratan también al Banco de España?

Nuestros buenos amigos los Sres. Flores García y Briones han estrenado en la Comedia una en tres actos titulada *Rosario*.

El público aplaudió mucho el primer acto y un poquito menos los otros dos.

Es decir, que le gustaron más las primeras cuantas del *Rosario* que las últimas.

¡Exactamente lo mismo les va á suceder á los autores!

Mucho lo sentimos por ellos; pero según las trazas, la *Rosario* de Flores no será *Rosario* de huer-tas.

¡Vamos, que no va á dar frutos!

... y armas al hombro

Declaración sabrosa:

«El Sr. Bullow, ministro de Negocios Extranjeros, declaró que el envío de la escuadra alemana al Extremo Oriente, durante la guerra hispano-americana, no tuvo más objeto que la protección de los ciudadanos y del comercio germánico.»

Todas nuestras esperanzas en el apoyo alemán resultaron ilusiones engañosas.

Hicimos una plancha por no fijarnos en que el ministro alemán se llamaba Bullow.

Es decir, un bulo con letra mayúscula y de doble v.

Parece cosa acordada que la coronación de Campoamor se verifique en el Palacio de Cristal del Retiro.

Lo del Retiro no nos parece muy delicado.

Y lo de «palacio de cristal» tampoco.

Porque precisamente Campoamor es de los pocos poetas, acaso el único, que no tiene el tejado de vidrio.

Romero Robledo saliéndose de su Círculo de Bellas Artes:

«Perdidas sus ilusiones en la concentración liberal, tomé que el fin político del Sr. Sagasta esté muy cercano, y se inclina al general Martínez Campos.»

¿De veras?

Pues hasta que no lo corone, no para.

El jaleo de Bilbao:

«Al hacerse el embargo en el establecimiento del señor Madariaga, el Municipio reclamaba 118 pesetas, y para responder de esta cantidad, el dueño de la tienda entregó un juego de puños de penúltima novedad.—*Mencheta.*»

—Dime, niño. ¿cuáles son España los puños de penúltima novedad?

—¡Ay! Los que pegaban.

La estudiantina valenciana fué á Gobernación con objeto de saludar á su paisano D. Trinitario.

Y este llevó su amabilidad al extremo de recibir en su despacho á todos los 150 individuos que forman la artística comparsa.

No parece visita muy á propósito para un despacho oficial.

Pero vean ustedes lo que dice un periódico:

«Entre las parejas de bailadores de la Huerta, hay algunos preciosos tipos de valencianos.»

No se disculpe usted, D. Trinitario; lo comprendemos todo.

La Reforma ha hablado con los capitanes generales, recogiendo la siguiente declaración de D. Ramón Blanco:

«Observo una perversión moral muy alarmante, y la prensa da proporciones inmensas incluso á aquello que no las tiene, ni aun relativamente siquiera.»

Efectivamente. ¿Qué ha pasado aquí de particular?

¿Se ha hundido el firmamento? ¿Han temblado, por ventura, las esferas?

—Estamos lo mismo que año pasado; nada nos falta—ha podido añadir el general mirándose las bocamangas de su uniforme.

Los proyectos de López:

«*El Economista* insiste en que se piensa establecer un impuesto sobre el café y el azúcar.»

Y sobre las medias tostadas ¿por qué no?

A estos impuestos, Sr. Puigcerver, hay que vérselos la tostada de algún modo.

Dice un cronista:

«El Carnaval animado, pero vulgar; como todo lo demás que nos rige, ordena y manda.»

Hombre, no generalicemos.

Será vulgar D. Práxedes, por ejemplo; vulgar Capdepón ¿ese desde luego! y vulgar Puigcerver, si se quiere en Murcia.

Pero no hay que meter en docena al duque de Almodóvar.

Un hombre que se ha quedado bizco de sí mismo.

El maestro Verdi ha fundado un asilo para los cantantes viejos ó desamparados.

La manutención le saldrá barata.

Con los gallos de cada asilado habrá para hartarse todos los días.

Aunque parezca mentira, seguimos con cierto interés el curso de la lucha entre tagalos y yankees. Los diarios hablan ahora de la toma de Caloocan. Por cierto que unos lo escriben así: *Caloocan* y otros dicen *Coloocan*.

Nosotros hemos consultado el asunto con el último ministro del ramo.

—Diga usted, señor Romero Girón, ¿hacia dónde cae *Coloocan*?

—¿*Coloocan*? No hagan ustedes caso. Son voces que hacen correr los cesantes.

El jurado estuvo severísimo la otra tarde.

No adjudicó el premio correspondiente á las máscaras de á caballo.

Y por falta de aspirantes no sería.

Precisamente aquella tarde ó la anterior se lanzaron á hacer declaraciones todos los príncipes de la milicia.

Leo en un diario:

«La deuda flotante de la Habana el 1.º de Enero ascendía á 12.500.000 pesos.»

Nos quedan, pues, de la Habana las siguientes cosas á flor de agua:

La deuda flotante.

El dique flotante.

Y el ministro del ramo que ha flotado también.

COLECCIONES DE GEDEÓN

Se hallan de venta en la Administración de este periódico, Colmenares, 7, bajo izquierda.

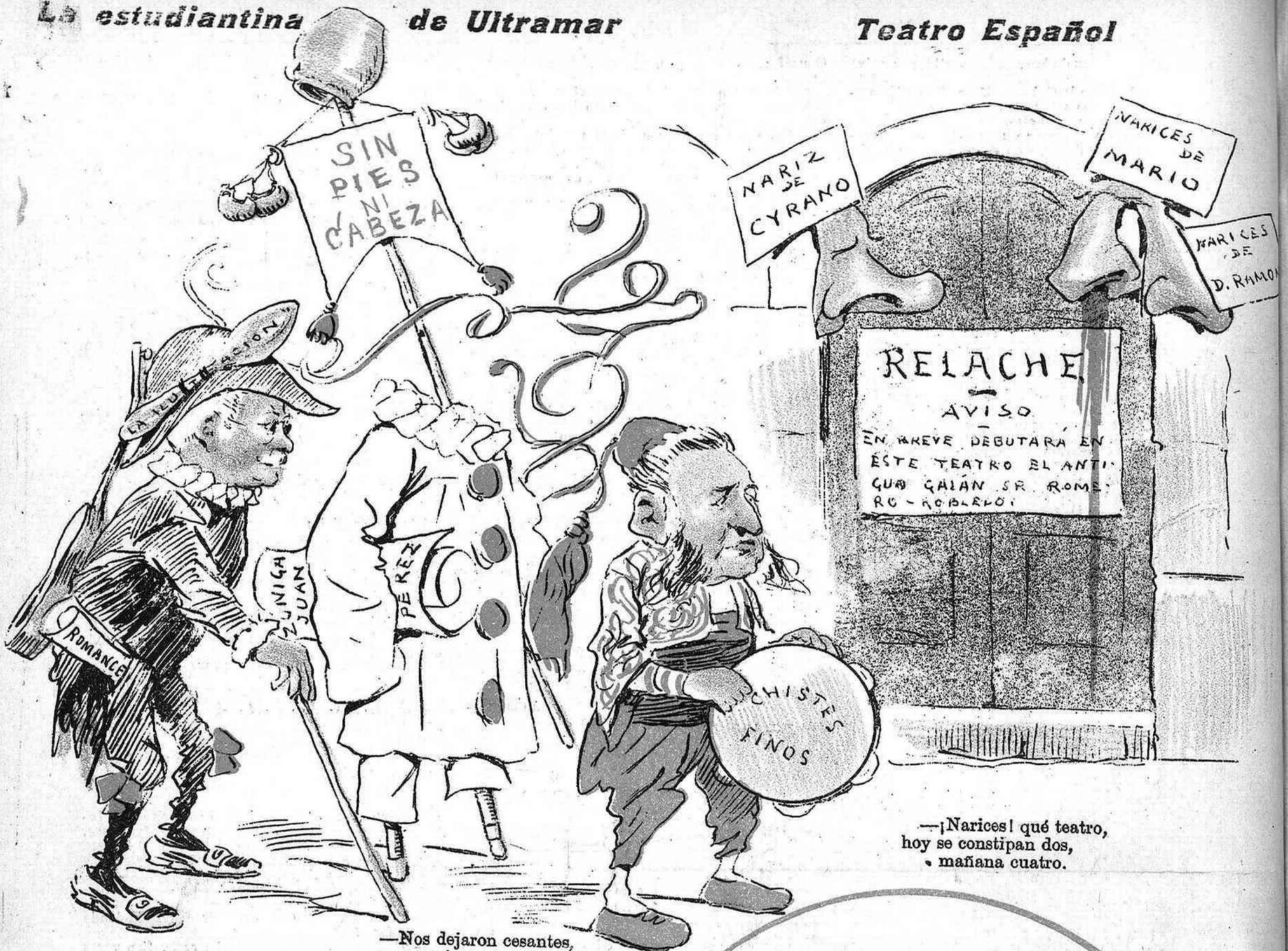
Precios, sin rebaja

Años 1895 y 1896, unidos en un tomo; en rústica, 8 pesetas; en pasta, 9 pesetas.

Año 1897: en rústica, 7 pesetas; en pasta, 8 pesetas.

Año 1898: en rústica, 7 pesetas; en pasta, 8 pesetas.

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 8.



—Nos dejaron cesantes, no importa ná, que la literatura lo pagará.

La censura (2ª parte)



—Toma lápiz rojo.

Romero fuera de su Círculo



—¿Me haría usted el favor de una hojita de laurel (si son dos hojas, mejor), para la corona del pobrecito Campoamor?

Gilman